

Unamuno y Ortega: dos biografías intelectuales y personales

GRACIA, Jordi: *José Ortega y Gasset*, Madrid, Taurus, 2014.

JUARISTI, Jon: *Miguel de Unamuno*, Madrid, Taurus, 2012.

La presente nota bibliográfica se centra en dos obras de carácter biográfico pertenecientes a la colección “Españoles eminentes”, impulsada por la Fundación Juan March a través de la editorial Taurus, y referidas a intelectuales esenciales en la historia del siglo XX español: Miguel de Unamuno (1864-1936) y José Ortega y Gasset (1883-1955). Fueron personajes que compartieron su preocupación por el llamado problema de España, ofreciendo al mismo tiempo respuestas con planteamientos similares a veces, pero casi siempre dispares. Encarnaron con ello dos perspectivas generacionales, la de la generación del 98 y la del 14, luchando a comienzos del siglo XX por el liderazgo intelectual de España. Fue un proceso que no se puede comprender sin conocer la relación directa entre los dos, y por esta razón podemos considerar complementaria la lectura de los dos libros que nos ocupan¹.

Hay que señalar ante todo que no nos encontramos ante biografías exclusivamente filosóficas o intelectuales, por mucho que ambas características –la del desarrollo del pensamiento original y la de intervención en la esfera pública bajo la nueva categoría social de la incipiente sociedad de masas– estén incluidas. Jon Juaristi, en el caso de su compatriota vasco, y el catalán Jordi Gracia en el del filósofo madrileño, incluyen en sus textos todas las dimensiones de la circunstancia vital de los biografiados, narrando aspectos familiares, personales y profesionales. La colección en que se integran los libros busca, según explica la nota editorial de la solapa, dos cosas: “fomentar el desarrollo del género biográfico en España” y describir la “ejemplaridad de determinadas personalidades” que puedan ejercer una “influencia vertebradora en la sociedad actual”. Con esto descubrimos la intencionalidad de los libros, que están destinados a un público amplio, puesto que a pesar de su erudición y de la utilidad que ofrecen a los investigadores pretenden salir más allá de la torre de marfil de los especialistas en “unamunología”, como la llama Juaristi, y “orteguianología”, según cabría decir si adoptamos esta nomenclatura.

Por otro lado, como biografías que son están plenamente insertas en el marco intelectual en el que se encuentra la historiografía del siglo XXI, donde después de algunas décadas en las que teorías estructuralistas relegaron al individuo a un lugar marginal, el sujeto vuelve a estar en el centro de atención de los investigadores. Desde los

¹ Además puede seguirse desde la correspondencia entre los dos, editada desde hace algunos años y que tanto Juaristi como Gracia utilizan en sus libros: ORTEGA Y GASSET, José, y UNAMUNO, Miguel de: *Epistolario completo Ortega-Unamuno. Introducción de Soledad Ortega Spottorno, edición y notas de Laureano Robles Carcedo, con la colaboración de Antonio Ramos Gascón*, Madrid, El Arquero, 1987. Incluyéndose también la de Marañón: MARAÑÓN, Gregorio, UNAMUNO, Miguel de, ORTEGA Y GASSET, José: *Epistolario inédito: Marañón, Ortega, Unamuno. Edición crítica de Antonio López Vega*. Madrid, Espasa, 2008.

años noventa estamos inmersos en lo que Bowker llamó la “edad de la biografía”², una tendencia historiográfica que muchas veces va unida, como en este caso, a la de la historia intelectual, alejada de la vieja historia de las ideas gracias al influjo del contextualismo. Juaristi y Gracia tienen muy presente la necesidad de integrar a sus personajes en la realidad socio-política en la que vivieron, y acompañan sus textos de una gran documentación al respecto. Con ello facilitan también el acceso de sus trabajos al público no especializado en historia, en especial en el caso de Juaristi, que escribe páginas enteras sobre temas como las guerras carlistas, la evolución de Bilbao, o la proclamación de la República, exponiendo cuestiones que un historiador conoce pero que son de enorme ayuda para quienes no lo son. Particularmente interesantes son las referencias que ofrece sobre el tema identitario vasco y la construcción de mitos nacionalistas, tema en el que es experto según ha mostrado en libros como *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca* (1988) o *El bucle melancólico* (1997). Por su parte, Gracia también documenta bien su biografía a la hora de describir el contexto histórico, y aunque no se extienda en ello con tanta profusión como Juaristi, demuestra su conocimiento de la historia intelectual y cultural, que ha tratado en obras como *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España* (2004) o –junto a Domingo Ródenas– *Derrota y restitución de la modernidad, 1939-2010* (2011).

Formalmente son libros similares. Sin contar las fotografías, “Miguel de Unamuno”, del año 2012, tiene 520 páginas; y “José Ortega y Gasset”, del 2014, 687. Los dos comparten un formato parecido: una introducción, el núcleo de las obras dividido en capítulos, una bibliografía, e índices. La introducción de Juaristi cuenta con dos partes, “Como se hace una biografía” y una “Nota preliminar”. En el primero de ellos expone el método que utilizará, heredero de la tradición hermenéutica diltheyana y su pretensión de conocer mejor al objeto de estudio desde la empatía. La fórmula, derivada de R.Harris, la resume así: “consiste en recurrir a la propia existencia biográfica para saber qué es pertinente contar del biografiado y cómo hacerlo”³. Aprovecha las coincidencias que encuentra entre su existencia y la de Unamuno, como son el origen vasco, la profesión de filólogo, el sufrimiento creado por una crisis religiosa, o la situación transterrada –Juaristi aventura que morirá madrileño o complutense como su homólogo lo hizo salmantino. Luego, en la “Nota preliminar” vuelve a mostrar el carácter divulgativo del trabajo, al indicar que utilizará pocas notas a pie de página pero compensando esta característica que para los investigadores es una rémora indicando bibliografía accesible y rigurosa.

En cuanto al segundo libro, Gracia introduce su biografía con un “Prólogo” del que extraemos conclusiones distintas a las del otro trabajo. También emplea un método hermenéutico, pero sin apelar a la empatía como hace Juaristi, y señalando que a través de las cartas y libros del madrileño pretende reconstruir su maduración emocional, moral e intelectual. Juaristi reconocía en su libro que se centraría sobretudo en el siglo XIX, por preferencias personales y por haber sido menos tratado en otras

² HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena: *Tendencias historiográficas actuales: escribir historia hoy*, Tres Cantos (Madrid), Akal, 2004, p. 403.

³ JUARISTI, Jon: *Miguel de Unamuno*, Madrid, Taurus, 2012, p. 15.

obras de unamunología. Gracia abarca más equilibradamente la existencia de Ortega, pero a dos ritmos separados por la “segunda navegación” de 1932: la primera es lenta y la segunda rápida, porque, según escribe, la historia se acelera entonces una vez que ya está fraguado su pensamiento. Además, aunque los dos libros pretendan, como ya se ha dicho, ofrecer a los interesados la biografía de estos “españoles eminentes”, Gracia añade un objetivo como investigador: desactivar leyendas acerca de Ortega. Juaristi también presenta en sus páginas su postura ante debates existentes en torno a la figura de Unamuno, pero Gracia lo define como parte de la intención de su trabajo. Busca así demostrar que el madrileño careció de “mocedad”, que no se marginó políticamente, que puede ser considerado un filósofo en toda regla, y que, a pesar de su progresivo liberalismo conservador, no puede ser visto como un profascista, falangista o franquista.

Siguiendo con el contenido de los libros, su distribución presenta algunas diferencias formales. El referido a Unamuno cuenta con quince capítulos, y el de Ortega diecisiete, a su vez compartimentados en epígrafes más pequeños. Los dos comparten el gran acierto de mostrar extensos comentarios bibliográficos, precisos estados de la cuestión donde se refieren las principales monografías, biografías o fuentes epistolares que tiene a su disposición el interesado en profundizar en el tema. En cuanto al aparato crítico, es según avanzábamos más arriba más bien escueto en el caso de Juaristi, dado el carácter popular de la colección; y más profundo en el de Gracia, que utiliza el sistema Harvard para compatibilizar la erudición con la intención divulgadora.

La naturaleza de las fuentes empleadas muestra por otro lado las diferencias de contenido. Jon Juaristi recurre especialmente a las de carácter literario, y no tanto a las de índole filosófica. Así, y como muestra de ello, se extiende varias páginas en el comentario de un soneto de 1910 donde Unamuno elogiaba a su estirpe materna; y sin embargo dedica poco espacio a una obra capital como *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* (1912). Circunstancia ésta que sin embargo es comprensible si tenemos en cuenta que Juaristi no busca exponer el contenido de la filosofía unamuniana sino reconstruir su peripecia vital, y parece encontrar más herramientas en este tipo de libros. Con ello parece ubicarse en el planteamiento del biografiado, dado que Unamuno escribía en el libro mencionado que “lo que en un filósofo nos debe más importar es el hombre”, pues la “íntima biografía” explica la filosofía y no al revés⁴.

Además hay que tener presente la profesión del biógrafo para entender bien su opción, pues Juaristi es catedrático de Literatura y se ha dedicado al periodismo. Son los campos que más conoce, y no únicamente lo refleja en las fuentes que utiliza sino también en su método. Recurre de esta suerte a las teorías lingüísticas del *Kannitvers-tan* (“no entiendo”) y el *language withdrawal* para explicar, optando por la última, la razón de la primacía del euskera sobre el castellano en la familia de Unamuno. También utiliza el método comparativo, dado que pone en relación aspectos de la biografía de Unamuno y de su actividad literaria con autores como Borges, Simmel, con

⁴ UNAMUNO, Miguel de: *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. Edición de Antonio M. López Molina, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006 (1ª ed.1999), pp. 79 y 80.

quien le une la condena de las grandes ciudades, o Joan Maragall, cuya filosofía de la historia tiende puntos de contacto. Entre los trabajos de Unamuno que más utiliza destacan *Recuerdos de niñez y mocedad* (1908), que emplea también para reconstruir etnográficamente el Bilbao de la “tasita de plata”, y *Paz en la guerra* (1897).

En relación con este último, el concepto del pensamiento unamuniano en el que más se centra Juaristi, que mejor explica y al que da mayor importancia, es el de intrahistoria, precisamente porque es –junto con el de “sentimiento trágico de la vida”, que no está tan presente en el libro– el que mejor refleja el devenir existencial del autor: su experiencia en las guerras carlistas, su nostalgia por el Bilbao preindustrial, la actuación del pueblo por debajo de las revoluciones políticas...Comentando estas situaciones nos muestra cómo, hasta que al final de su vida acude a un liberalismo más individualista, la confianza de Unamuno en el pueblo explica su predilección por los fenómenos intrahistóricos.

Junto con las fuentes literarias, Juaristi recurre a las de carácter epistolar –por ejemplo con Zulueta o Maragall– y hemerográfico –*El Noticiero Bilbaíno* o *La Lucha de Clases*. Especialmente importantes son las primeras, y se extiende ampliamente en el análisis de algunas de ellas en los últimos capítulos, dedicados a la Guerra civil. Ante un acontecimiento en el que Unamuno tuvo que guardar prudencia en sus intervenciones públicas contra los *hunos* y los *hotros*, la correspondencia privada es la mejor fuente que tiene el investigador para reconstruir su intimidad. También es muy destacable el recurso a una fuente distinta de todas las anteriores, que utiliza Juaristi para aventurar una hipótesis acerca de lo ocurrido en el famoso incidente con Millán Astray en 1936: la fotografía tomada a la salida del acto del Día de la Raza en la Universidad salmantina. Analizándola, niega que existiera una salida precipitada, y que los falangistas que brazo en alto le rodearon, le estarían protegiendo de los legionarios. Con ello, pretende explicar mejor la posición de Unamuno, que a pesar de su repulsión por el falangismo, aceptaba la compañía de los camisas azules en sus paseos por Salamanca, al tiempo que criticaba la dureza represiva de los militares.

Distinto es el caso del también catedrático de literatura Jordi Gracia. Lógicamente, no puede utilizar novelas o poemas de quien no las escribió, pero sí que se centra tanto en el enorme intercambio epistolar (con Rosa Spottorno, Unamuno, Victoria Ocampo, Helene Weyl...) como en los textos periodísticos (*El Imparcial*, *El Sol*...). Pero sobretodo, Gracia emplea con profundidad las obras completas de Ortega y Gasset, tanto las versiones antiguas como la ya canónica de la Fundación Ortega y Gasset y la Editorial Taurus. Un conjunto de diez tomos que, editados desde 2004, han sido pensados para facilitar las investigaciones orteguianas, cuestión que vemos claramente reflejada en este libro. Gracia analiza los artículos y los libros del filósofo, no únicamente para trazar su biografía, sino que a diferencia de Juaristi, se extiende más en clarificar su filosofía, en unos términos que facilitan su comprensión para quienes no estén familiarizados con esta disciplina. Pero no es para nada una biografía filosófica, dado que el autor también reconstruye la circunstancia personal de su biografiado, narrando detalles de su vida doméstica –por ejemplo, describe ampliamente la vivienda que adquirió en 1925 en la calle Serrano–, lúdica –las becerradas en las que participó para dar salida a su afición taurina, “haciendo la luna” de adolescente con su chaqueta, o ya en su madurez organizando festejos junto con Juan Belmonte

y después Domingo Ortega–, o afectiva –el flechazo que recibió de la “Gioconda de la Pampa”, Victoria Ocampo, o la costumbre de citar a las asistentes a la tertulia de la Revista de Occidente una hora antes de su comienzo. Para mostrar estos detalles, utiliza Gracia fuentes epistolares, que nos descubren un Ortega más humano en lo que es uno de los mayores aciertos de la biografía y una de sus notas más características frente a otras que se han hecho hasta ahora: exceder los límites del filósofo para entrar también en los terrenos de la persona de carne y hueso, como diría Unamuno. Y ello con el objeto de mostrar la relación del yo personal con la circunstancia socio-política, por ejemplo cuando atribuye el carácter combativo que asume Ortega en el segundo *El Espectador* (1917) a la “dosis de autoestima intravenosa” que adquiere en Argentina⁵.

Por otro lado es importante señalar que a pesar de ser “biografías ejemplares”, no nos encontramos ante hagiografías dulcificadas. Tanto Jon Juaristi como Jordi Gracia reconocen también la dimensión negativa de sus biografiados, en lo relativo a las actitudes personales y al pensamiento elaborado en base a ellas. Así el biógrafo de Ortega explica una de las causas del elitismo del madrileño desde la psicología: no vacila al afirmar que “el resentimiento de Ortega no duda en activar sus peores reflejos de defensa dignificados como teoría política y sociológica”, o que un “rencor reactivo” se apodera de él al volver de Buenos Aires, donde desarrolla también una “automitografía megalómana”. Igualmente, Gracia reprocha a Ortega sus escritos sobre la mujer, recopilados en *Estudios sobre el amor*, y no duda en calificar de “sexismo antediluviano” su interpretación de la misma como sexo pasivo por esencia y reducido al ámbito privado por naturaleza⁶.

Centrándonos en otro aspecto muy valioso de los libros, ambos incluyen la exposición de hipótesis e interpretaciones novedosas, que justifican una vez más el valor no meramente divulgativo de las mismas sino también de enriquecimiento del debate historiográfico. Jon Juaristi descubre en diversas ocasiones su oposición a las teorías de diversos unamunólogos, y en concreto de los Rabaté. Junto a la mencionada discusión sobre la trifulca con el fundador de la Legión, vemos su reflexión personal cuando les acusa de crear un “fantasma bibliográfico” a partir de las novelas unamunianas, dado que creen que Unamuno se proyecta en sus personajes de forma directa. Por el contrario, sostiene Juaristi que son los *Recuerdos* y textos directamente biográficos los que pueden iluminar estas cuestiones. En un orden más sentimental, trata de responder a la incógnita supuesta por el escaso respeto que pareció ofrecer Unamuno al legado de su padre, que falleció teniendo él seis años, aventurando que fuera consecuencia del “rencor casi inconsciente” que le transmitió su madre. En cuanto a lo que se ha mitificado como “Factor Desencadenante de la Gran Crisis Espiritual”, el ataque de ansiedad sufrido en la noche del 21 al 22 de marzo de 1897, dice que dicha crisis comenzó antes, y que pudo ser motivada por una circunstancia personal: la hidrocefalia de su hijo Raimundín, que le haría revolverse contra su propia “hinchazón racionalista”. Y con Roberts, escribe también Juaristi que utilizaría

⁵ GRACIA, Jordi: *José Ortega y Gasset*, Madrid, Taurus, 2014, p. 245.

⁶ *Ibid.*, pp. 250, 257 y 286.

dicha crisis para “autoconstruirse como un intelectual auténtico”, adaptando su “yo íntimo” al “yo-para-los-demás”⁷.

Un acontecimiento al que también da mucha importancia Juaristi es el bombardeo de Bilbao en la guerra carlista, que supuso para él “el deslinde entre dos épocas”. La oposición entre el Bilbao de su niñez, y el industrial que emergería después aparecerá en muchos momentos de su obra, y al mismo tiempo le llevarían a asumir una visión lúdica de la guerra civil. Frente a autores como Aubert, sostiene con Nuñez Florencio que la glorificación de la misma es la salida ofrecida a la imposibilidad de conciliar las contradicciones de la tradición liberal⁸. Con esto se relaciona otro de los aspectos más interesantes de la biografía: la interpretación del complejo proceso que fue viviendo Unamuno en su vivencia de la Guerra civil. Plantea que, desencantado con el pueblo intrahistórico en la II República, vuelve a un liberalismo de carácter decimonónico, en base al que defiende la necesidad de rectificar la política desde pronunciamientos. Para justificar su primitivo apoyo a la sublevación del 18 de julio en este marco, desarrollaría una “sociología ficticia” que vinculaba al pueblo español con unos militares supuestamente republicanos. Después de desengañarse del bando franquista, dice Juaristi que Unamuno únicamente mostraría respeto por Franco –al tiempo que en público y privado critica a otros personajes como Mola– porque éste le permitía expresarse con libertad mientras no le atacara a él. Además, Juaristi se opone a la interpretación tradicional que se ha hecho del conjunto de textos editados póstumamente bajo el título *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y la guerra civil españolas*. Sostiene que es “el gran poema de la guerra civil española”, a pesar de estar escrito en prosa, puesto que es un *collage* típicamente modernista⁹.

Por su parte, de la biografía de Ortega extraemos también interpretaciones importantes, especialmente derivadas de la profunda hermenéutica que hace Gracia de las fuentes primarias que ha trabajado. Así por ejemplo, el autor llama la atención sobre un trabajo al que pocas veces toma en consideración la crítica orteguiana, como es el “Discurso de los Juegos Florales de Valladolid” (1906), en el que atisba el autor el marco conceptual que irá desarrollando en los próximos años: no únicamente la apuesta por un ideal nacional propio, la dimensión política de la cultura y la ética, sino además ya en una fecha tan temprana la tesis de “la redención de las provincias”. Otro caso de la infravaloración que según el autor han tenido textos que él considera capitales, es el de Pío Baroja. *Anatomía de un alma dispersa* (1912): contra el planteamiento más extendido, señala que éste, y no *Meditaciones del Quijote* (1914) es “el libro verdaderamente central y primero de Ortega”¹⁰.

Al mismo tiempo, Gracia se atreve a contradecir al mismo Ortega cuando sostiene que es en 1908 y no en 1916 cuando abandona su mocedad intelectual, señalando también que entonces comienza a debatir interiormente si su camino es el del escritor o el del político. Y escribe Gracia que “este pugilato será su vida hasta que la historia europea entre 1936 y 1945 deje sin sentido el combate y reduzca su actividad al

⁷ JUARISTI, Jon: *Miguel de Unamuno*..., pp.45, 59 y 241-244.

⁸ *Ibid.*, pp. 92-96.

⁹ *Ibid.*, pp.434, 453 y 458.

¹⁰ GRACIA, Jordi: *José Ortega y Gasset*, p. 159.

gabinete de filósofo y conferenciante de postín”¹¹. Con ello resalta, frente a otras visiones, el influjo que en su persona ejerció la Guerra civil entendida en su dimensión europea, y explica el ensimismamiento ocurrido durante la dictadura.

Además hay una cuestión acerca de las referencias intelectuales de Ortega, y es que Jordi Gracia se une a quienes sostienen que Nietzsche está por detrás del madrileño a lo largo de toda su carrera. No acepta posturas que rebajan por lo menos en algún momento de la misma el influjo del autor del *Zarathustra*, y muy por el contrario, utiliza un vocabulario muy peculiar e ilustrativo para definirlo: escribe que Ortega fue “drogodependiente de Nietzsche” –y de Schopenhauer, Renan o Barrès–, que en su juventud padeció una “sobredosis concentrada de Nietzsche”, y que más adelante “va tan dopado de Nietzsche como el mismo Baroja”. Más allá de estas expresiones, Gracia defiende que algunos planteamientos orteguianos son relectura del nietzscheanismo: sus ideas sobre el dinamismo vital son “adaptación orteguiana de Nietzsche”, su planteamiento de madurez es el de un “desertor de la fenomenología por vía neonietzscheana”; y lo que desarrolla desde aquí, una “nietzscheana razón vital”. Incluso *La rebelión de las masas* (1930) es definida como “variación sobre los temas nietzscheanos”¹². Pero esto no significa que Gracia no reconozca la deuda de otros filósofos, y también rastrea las fuentes orteguianas. Da mucha importancia a Heidegger, y con José Gaos resalta su papel de “otro” que permitió a Ortega caer en la cuenta del significado profundo de su filosofía. Finalmente, una interpretación presente a lo largo del libro es aquélla en la que señala sobre el pensamiento político orteguiano que en él “subsiste un hombre del siglo XIX” atrapado en la fantasía del despotismo ilustrado primero, y del doctrinarismo francés después. También dice sobre el Ortega de la República que es “un injerto de político del siglo XIX francés implantado en las sociedades democráticas del XX”¹³.

En conclusión, “Miguel de Unamuno” de Jon Juaristi y “José Ortega y Gasset” de Jordi Gracia, ofrecen una lectura que puede ser enriquecedora tanto para investigadores y expertos como para quienes se acercan por vez primera a estas dos figuras de nuestra historia reciente. Con un lenguaje ameno y asequible, pero al tiempo preciso y riguroso, nos muestran facetas del pensamiento y la vida de ambos, abriéndonos también el camino para continuar la exploración por los estudios unamunianos y orteguianos con extensos estados de la cuestión. Con todo ello, nos descubren a dos filósofos que han iluminado la cultura española del siglo XX, pero también a dos personas que presentan junto con luces algunas sombras que no siempre se han reconocido.

Juan BAGUR TALTAVULL
Universidad Complutense de Madrid

¹¹ *Ibid.*, p. 72.

¹² *Ibid.*, pp. 26, 34, 156-157, 367, 431, y 452.

¹³ *Ibid.*, pp. 246 y 446.